

LOS BARRIOS: ÚTEROS DE SOCIABILIDAD HISTÓRICA

* Historiador. Universidad Santo Tomás. Correo electrónico: ps_rivera@hotmail.com.

Patricio Rivera Olguín

El presente artículo pretende acercarse a una historia de los barrios, analizando ciertos elementos de identidad, cotidianidad, pervivencias y recreaciones de una construcción de elementos de sociabilidad que definieron un lugar de hábitos sociales comunes, como los barrios de La Puntilla y El Colorado, los que actúan como úteros de sociabilidad que se fundan en un tiempo corto, situado en el siglo XX y limitado por inflexiones de carácter económico y mentalidad.

Palabras claves: Urbanismo - Sociabilidad.

This article seeks to approach the history of districts, it analyzes certain elements like identity, daily life, personal experiences and entertainment of a construction of social elements that defined a place for social common habits such as La Puntilla and El Colorado districts. They act as a social uterus in a short time, located in the XX century and limited by inflexions of economic and mental character.

Key words: Urbanism - Sociability.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MATRIZ DEL TIEMPO CORTO

La historia de Iquique se nutre en sus constantes recuerdos de las características de sociabilidad urbana que habitan en la memoria histórica de sus habitantes, como las leyendas de los comentarios y en la continuas pervivencias del pasado colectivo de esta ciudad que tiene una historia propia de barrios y colectivos urbanos, reproducida por los agentes sociales que aún cobijan ciertos elementos de la identidad iquiqueña del siglo XX.

Sin embargo, considerando los tiempos cronológicos desde su incorporación al estado nacional chileno (1879) y ante el avance modernizador escenificado durante los distintos ciclos de producción y desarrollo que han afectado la ciudad en el siglo XX, la ciudad de Iquique, generó diversos flujos y

reflujos económicos-productivos que crearon un hinterland de comunicación y crecimiento de carácter transfronterizo y una simbiosis cultural entre la construcción sociocultural de Iquique y su otro, vecino natural del espacio nortino, la Pampa que evacuó, sus componentes a la ciudad en los períodos críticos del siglo XX, formando, junto a otros elementos culturales: chilenos, peruanos, bolivianos, chinos y demás, el mestizo sociocultural que formó la matriz de un iquiqueño de tiempo corto, propio del siglo pasado (Hobsbawm; 1998), construido desde lo social comunitario, entre el auge productivo salitrero y el progreso comercial de Zona Franca, espacio que estructuró en un tiempo histórico del siglo XX, un tipo de sujeto urbano de notorios elementos localistas de soberanía nacional, dados por su situación geográfica-económica y depositaria de tradición nacional guerrera, el sujeto iquiqueño, además de su pasado peruano, omitido por la historia tradicional y rescatado por la historia social (Donoso; 2003), se construye en torno a sucesos de la guerra de 1879, (el 21 de mayo, la muerte del capitán Prat y sus hombres, la victoria de Punta Gruesa, la posesión de Tarapacá y sus riquezas, la muerte de Eleuterio Ramírez) que ha sido mitificados en el llamado proceso de chilenización, además de glorias deportivas y sus héroes (Arturo Godoy, Estanislao Loayza, Raúl Choque), sindicales en las figuras de imaginario local de Luis Emilio Recabarren y Elías Lafferte, que traspasó del enfrentamiento o de zona guerrera del siglo XIX al enfrentamiento deportivo del siglo XX, reproduciendo y recreando un nuevo espacio de “triumfo”, esta vez, no militar-chileno, sino deportivo-iquiqueño-campeón (Guerrero, 1992), es decir, los criollos chilenos de la nueva frontera, ganan sus propias batallas, ahora “desde abajo, igual que los rotos y huasos de rojo y azul en 1879, mas no, en los campos de batalla de Dolores, Tacna o Chorrillos del siglo XIX, sino en la cancha, el box o el mar, surge una nueva guerra en el siglo XX que tiene sus propios héroes que llegan incluso a ser nacionales y con nuevos enganches, al igual que en las primeras fases de los siglos XIX y XX con emigrados del centro-sur de Chile, se nutren estos novedosos contingentes a través su motivación afectiva la sociabilidad que es abierta en la nueva frontera, un ecúmene social, como tejido de unión vecinal, expresado en los barrios que pasan a ser un referente de habitat urbano de propias tradiciones y construidas o heredadas de su “pasado oculto” peruano (mestizado con otros insumos culturales chilenos y extranjeros) por la historia tradicional y rescatado en la oralidad y reproducido culturalmente (Bourdieu, 1970), como transmisión de normas continuas y ritualizadas simbólicamente, desde la cotidianidad e incubada, al estilo de un

útero en los barrios, como una matriz de sociabilidad, que continúa y pervive en el siglo XX con las tradiciones, no por la fuerza de una inercia escrita, sino por resultado de agentes de reproducción societal-barrial: los padres, pares amigos, clubes deportivos o sociales que demuestran la permanente asociatividad mutua que se arraiga en la ciudad desde fines del siglo XIX y se manifiesta completamente las décadas del siglo XX, asociadas además a los variados ciclos de producción que experimenta Iquique en su salto cualitativo y de vaivén económico, visto desde el sector primario extractivo al terciario comercial, hasta la actualidad transoceánica del Puerto Mayor.

DESDE LA HISTORIA : EL COLORADO Y LA PUNTILLA

Los barrios del Colorado y La Puntilla, han ejercido un rol social de normas de comportamiento o de *status* urbano, dentro de la estructura social iquiqueña que se ha mantenido históricamente en un espacio definido y ha reproducido continuamente sujetos sociales que han generado una singularidad en las relaciones de sociabilidad urbana, en torno a actividades ejes de extracción económica como la pesca artesanal, la faena ferroviaria y oficios varios relacionados con la clásica productividad de la ciudad. En este sentido de historiar el barrio, el esfuerzo debe ser social y abierto, desde la Historia Social y Local (Garcés, 2002), incorporando a los actores barriales en su colectivo a pesar que la tradición hermenéutica de la Historia se elabora de individualidades, el barrio y el análisis obtenido de su historia, lo hace en colectividades que se construyen y entrecruzan en un tejido social diverso que abarca desde el deporte a las organizaciones políticas y sociales, ambos espacios vivos, que señalan un padrón común que puede ser abordado desde un método comparativo que describa y analice a la vez, el objeto de estudio social como es el barrio, en esta ocasión El Colorado y La Puntilla.

Considerando que ambos espacios se han modificado actualmente, dado el dinamismo de los grupos humanos que han aportado insumos culturales que modificaron el acervo del logos iquiqueño: dividiéndose la ciudad en los nuevos y antiguos (Guerrero, 1991), marcando no sólo una territorialidad física, sino también mental, asimismo sus habitantes se han eclosionado y viven el nuevo período de asimilación entre el afuerino y el iquiqueño, resultando un nuevo sujeto cultural que recoge la herencia urbana del iquiqueño y se reconstruye en la ciudad y en su ícono migrante que es Alto Hospicio, transformado a la vez los úteros matrices que experimentan en las inflexiones

generacionales otra etapa en su historia colectiva que desemboca en la frase de “Iquique o el barrio ya no es el mismo”. En este aspecto de transformación, la natural relación de convivencia dentro de un tejido social que se nutrió por décadas de insumos de convivencia y solidaridad sociabilizada en torno a la plaza y sus juegos (los famosos “columpios” y sus vínculos de sociabilidad infantil y adolescente), el club, el baile o el carnaval, son expresiones de identidad y es presa de una dispersión que destruye el tejido y lo deshilvana en individualidades y abandono de espacios públicos, perdiéndose la confianza del vecino y dando paso al “otro” y el miedo al desconocido (Duby, 1995), resultado de la jibarización de las organizaciones sociales, realizada durante la Dictadura Militar (1973-1990) y la fuga, exilio, cierre o muerte de agentes culturales, llevando al abandono del espacio público el temor al Estado y a la convivencia cotidiana, rompiendo el diálogo barrial de solidaridad y generando la ausencia de entidades de sociabilidad que podían acolchonar la presión de la drogadicción en los niños y jóvenes del espacio social llamado barrio que a la vez generaba un control social “desde dentro” mediante códigos de entendimiento que cuidaban el barrio de agresiones y se cogobernada socialmente, junto al Estado como espacio autónomo (Salazar y Benítez, 1998) y en ocasiones con participación en el Municipio.

EL COLORADO: DIVERSIDAD, CONFLICTO Y ARMONÍA

La diversidad en la cotidianidad del barrio, era armonizada en el consenso del diálogo que permitía el espacio de circulación y habitabilidad de la calle y principalmente el pasaje, por ello en los conflictos barriales que tienen su epicentro en la violencia, rudeza, marginalidad y resistencia urbana, permitieron construir en la percepción urbana oral y escrita del siglo XX una imagen violenta del barrio “El Colorado”, debido a su composición popular, desde su esencia que es la cultura de la solidaridad social que es base de la comunidad, por ello ante una comunidad “integradora” surge una forma de “pobre bárbaro”, como figura de marginalidad que es superada sólo en niveles de urbanidad clásica (alcantarillado) hacia fines de los sesenta y ochenta, manteniéndose hasta hoy como un espejo deformante que refleja al Iquique moderno su tradicional pasado de madera y precariedad, como espacio histórico de pobres. Respecto a las fuentes de esta percepción urbana de violencia del “Colorado”, la prensa señala:

“este nuevo crimen...motivado por el licor esta poniendo en evidencia...las condiciones realmente tenebrosas de ese barrio de El Colorado, donde es fama que se necesita ser una persona con un total desprecio por la vida para llegar a incorporarse como vecino allí” (El Tarapacá. Iquique 31/07/1927. p 6.).

La imagen construida desde el centro “civilizado” de Iquique, frente a la periferia “bárbara”, señala una percepción urbana de los barrios, elaborada para distinguir entre los “unos” y los “otros” que son los habitantes de un mismo espacio, llamado ciudad, pero distintos en condiciones de vida de claro carácter de diferenciación social, denominados los barrios que engloba en una matriz de marginalidad sus expresiones de alcoholismo y delincuencia a un referente imaginario depositario y particular de ello: El Colorado, que recoge las leyendas de peligrosidad del rumor urbano, las difunde oralmente en la memoria social por ello la frase: “allá matan de día” (El Tarapacá, Iquique. 29/07/1926.p 4.) y en ese espacio alejado del centro urbano, moran los “otros”, que son los personajes urbanos que la historia tradicional oculta u omite, el historiado bajo pueblo y en sus calles deambula el “guapo perdonavidas”, traducido al logos local como el “choro” que se personifica en avezados exponentes que la tradición oral y las fuentes de prensa y policiales, describen en sus alias como “Pancho la Gata”, “Chiruca”, “Cosquilla”, “Lenteja”, “el Tonto Sánchez”, “el chico del puerto”, “Canela” y otros. Estos individuos institucionalizan, desde lo barrial las “batidas”, forma marginal del duelo caballeresco que tenía lugar en sitios eriazos, motivadas por variados factores, como territorialidad o ajuste de cuentas pendientes, ritualizadas en riñas de arma blanca, hacia 1927 ocurría el siguiente caso:

“En el Colorado fue apuñalado anoche Alfredo Guzmán lo hirió en la garganta un sujeto a quién conocen como Lucho” (El Tarapacá. Iquique.30/05/1927. p 6).

Estos sucesos de homicidios o reventones de violencia, también se trasladan a cantinas y clandestinos y aún en despachos de menestras (el popular negocio de barrio) que hace a la violencia gatillarse en el espacio público, aún en centros de sociabilidad barrial, como el siguiente homicidio:

“Un obrero fue asesinado anoche en el Colorado Delfín Cárcamo Sánchez, alias el Chilote, mató de un tiro de révolver a Ventura Quililongo...fue en el negocio de menestras de Manuel Aguirre, Blanco Encalada 932” (El Tarapacá. Iquique. 24/07/1927.p 6).

Esta imagen adosada y heredada en una matriz violenta que pervive en encuentros sociales y deportivos, se expresa de hechos delictuales como el refugio de ladrones y de reducción de especies, que causa preocupación del Estado que intenta una función de norma social en el control de este sector de población, el orden del centro se desplaza a la periferia y el centro en su función social de control reacciona...

“Sr
Intendente De la Provincia.

Esta Prefectura estima justa la petición de los firmantes de las solicitudes adjuntas, pues la vigilancia hecha la barrio “El Colorado”, que día a día toma mayor incremento, ha sido, hasta hoy, insuficiente, debido al escaso personal encontrado que sale al servicio, pero como éste será aumentado en enero, se atenderá en mejor forma el barrio citado, redoblándose si es posible, la actual vigilancia. Es cuanto puedo informar a Ud sobre el particular. G.Bustamante” (Notas de Policía. Iquique. 01/1908.Folio 79.).

Estos hechos escenificados en la violencia urbana, consagran una figura mítica del barrio El Colorado que marcaron el siglo XX y que es continuado a la actualidad en conflictos que hacen considerar esta matriz violenta de larga data que trasciende el tiempo corto y continua en la historia barrial, sucesos recientes señalan esta conducta aprendida y en el Colorado que se repite en este mismo año:

“Una increíble riña de proporciones se registró en las esquinas de las calles Videla y Juan Martínez. Eran alrededor de cien personas involucradas...Especialmente los heridos recibieron puñaladas en distintas partes del cuerpo...se enfrentaron dos grupos, los del puente y los de calle Videla, sumando alrededor de cien personas” (La Estrella de Iquique. 13/08/2004. p A-7).

Sin embargo esta visión de lugar violento, que sigue disputando territorialidades, no es permanente en su cotidianidad y su hipocentro o núcleo motivador está en los orígenes, cultura o costumbres de sus vecinos que desde sus primeras épocas hasta hoy, se manifiestan en accidentes, discusiones, fiestas familiares o populares, conviviendo y transformando un colectivo diverso, pero similar a la vez y armonizado en la comunidad que reúne a los sujetos y los integra en la cotidianidad colectiva del barrio, el epicentro de conflicto, es decir, la violencia física o agresión es mediatizado bajo el amparo de la tradición barrial (Guerrero, 2003) que ejerce un tapón en la contención interbarrial de

situaciones de conflicto y construye normas de sociabilidad comunal que tolera en su útero social a los grupos desviados, es decir, la delincuencia ejercida más allá de las fronteras barriales, porque está fuera del espacio barrial y no lo afecta, así, el “mañoso” (delincuente habitual) es protegido y convive como un vecino con su propia ocupación laboral, es decir, el barrio es parte de su ecosistema social, tal como señala esta observación policiaca:

“Los Agentes Gilberto Calderón y Moisés Vásquez aprehendieron en el barrio “El Colorado” a Pedro Astudillo Roldán, alias “El Sorucho”, Manuel Gutiérrez Aracena, alias “El Chiquillo” y Pedro González Codoceo Alias “El Piturque” por ser autores del robo al Señor Sensyder” (Notas de Policía. Iquique. 21/09/1918. Folio 278).

Los barrios históricos son asentamientos antiguos, éstos responden al padrón cosmopolita de la ciudad, como los barrios han variado su adquisición barrial en su reclutamiento poblacional, han modificando sus códigos de conducta y de lenguaje, es decir, su logos ha variado y sólo existe la pervivencia de un espacio y una cotidianidad perdida y que no se adapta al nuevo tiempo histórico de la modernidad. Es por ello que la mutación barrial, se inicia desde lo monoéctico a lo poliéctico, manteniendo su socialización de convivencia que hoy se eclosiona con la pérdida del espacio de convergencia: la plaza y el miedo disociador de esta forma, la vulnerabilidad social que a la falta de tejido colectivo, se magnifica y la tradición, en cambio sobrevive, como recuerdo de una época que desarrollaba una función social integradora en el barrio. Sin embargo y en la memoria de los puntillanos o coloraños está la reproducción cultural, como útero o resistencia de la memoria que existió y es necesario rescatar ante la mutilación, la fragmentación, la dispersión político social o la nueva sociabilidad juvenil que además de la erradicación, preocupa al hombre y la mujer del barrio tradicional.

EL BARRICIDIO: “EL COLORADO NO SE VENDE POR TAN POCO”
(FRASE DE UN RAYADO DE LA PLAZA DEL COLORADO. AVENIDA DESIDERIO GARCÍA S/N)

Ante el avance modernizador de carácter urbanístico la amenaza de la erradicación atenta contra el espacio físico del barrio, situación vivida por La Puntilla hacia fines de los sesenta, bajo el discurso moderno que se opone a la tradición, más, el tejido social barrial elabora una resistencia ritual y racional que negocia desde la sociedad barrial su salvoconducto al nuevo espacio

físico, esta vez moderno, pero en una nueva periferia que promete el Estado a través de sus sistemas de reubicación espacial, pero, persiste la resistencia a este nuevo espacio, porque no sólo se pierde la habitación, la casa, el patio, la plaza, sino también, el vecino, la tía, el compadre, el negocio y su libreta de “fiado” (crédito popular en base a la confianza), el puente ferroviario, espacio simbólico de un centro de reunión y esquina de sociabilidad del Colorado, su protección de atalaya que vislumbra la ZOFRI y las Industrias pesqueras, ambos conceptos de memoria e inflexión histórica barrial, es decir, se termina una confianza (Guerrero, 2004) de vidas y en muchos casos de generaciones y de alianzas solidarias de décadas. Sin embargo ante la apuesta afectiva identitaria de resistencia, surge la racionalidad de negociación y la colectividad se reanuda, superando la dispersión y congregando al barrio en su totalidad, esta vez frente al Estado y su brazo ejecutor de transformación y planificación, el Servicio de Vivienda y Urbanismo (Serviu), desde la sociedad civil barrial emerge la siguiente respuesta:

“Dirigentes y pobladores representantes de 209 familias del sector El Colorado, se oponen a la expropiación de sus terrenos y como medida de fuerza iniciaron un plan de movilizaciones que contempla la toma de rotondas y calles de acceso a la Zona Franca” (La Estrella de Iquique. Iquique.05/10/2003.p A 6).

La respuesta barrial de tipo colectivo, se congrega y rebela ante el ícono de la prosperidad moderna, cierra su paso a la Zona Franca, es decir, al desarrollo económico y al progreso, e ilustra al Estado y a la ciudad su resistencia, desde la tradición, deforma la modernidad a partir de la memoria y la periferia, como cordón plebeyo frente al símbolo del patriciado urbano local, utilizando en su defensa, la historia del barrio y el valor del espacio frente a la presión estatal y como vehículo transable de negociación son esta vez los bárbaros urbanos los que hablan de historia, desde su saber:

“La dirigente vecinal, señaló que El Colorado cuenta con clubes deportivos infantiles, adultos y viejos craks, agrupaciones juveniles, cofradías religiosas, centros de madres, ramas femeninas”(La Estrella de Iquique. Iquique. 05/10/2003. p A 6).

La defensa del barrio, recurre a la historia y la representa en todo su discurso, una historicidad barrial de claro contenido de identidad, este juicio de un grupo de iguales, calles y pasajes que datan de épocas peruanas, resiste al Estado moderno y desea un mejor trato para un contrato de movilidad de conveniencia social, para poder compensar la pérdida de la tranquilidad y la

confianza, resumiendo en su planteamiento su historia y la de los barrios de Iquique.

“Somos el último barrio que aún mantiene su bastión de identidad iquiqueña. Por ello, seguiremos hasta las últimas consecuencias”
(La Estrella de Iquique. Iquique. 05/10/2003. p A-6).

LA PERVIVENCIA DEL BARRIO: ENTRE FAHRENHEIT Y EL FUNES

Memorioso de Borges

El Colorado y La Puntilla pueden morir como espacio, mas sus componentes vivos, es decir, coloraños y puntillanos, recrean y perviven su habitus en los nuevos barrios que como el conjunto poblacional Cariquima, cobijaron aquella primera erradicación de 1982 y los dispersó en una diáspora urbana que concentró la llamada Cariquima y otros sectores, como la John F. Kennedy (actual Jorge Inostrosa), Alto Hospicio o los conjuntos Serviu, es decir, continua el barrio y entrega el espacio, pero pervive, la mentalidad en una comunidad imaginada e inventada, pero ahora reinventada en la costumbre que modifica culturalmente el nuevo espacio a ocupar, nuevamente actúan los agentes de reproducción cultural de socialización, esta vez en la memoria histórica del abuelo, tío, primo, padres, padrinos, en las reuniones de esquinas que ahora son de cemento concreto y no de madera, en velorios de amigos y familiares que frente a su poder de convocatoria social, construyen una nueva plaza o un nuevo puente ferroviario, pero de término de un tiempo individual, pero nuevo en lo colectivo, aparece la plaza fúnebre: el velorio, compuesta de diálogos, risas, niños, comidas y bebidas que continua la tradición andina, central chilena o de años nuevos, también continúan los bailes de feligreses y promesantes ritualizados religiosamente (Guerrero, 2002) en los bailes Osos, Gitanos o los Chunchos que cada vez vuelven en los peregrinajes clásicos de los sectores populares (Van Kessel, 1987) hacia sus espacios de veneración, por eso pervive un 29 de junio para bailar a San Pedro, el patrono de los pescadores del Colorado, Cavanca y La Puntilla o la Tirana, la Tirana chica y Tarapacá, o en los partidos de Estrella de Chile y en la memoria los de Iquitado y Huracán con goleadores que luchan ante el olvido en asociaciones como las de Fahrenheit con nombres y apodos de Batería Rivera y el Chino Rachía que aún son campeones en la memoria.

La población Cariquima (1982), es el nuevo Colorado de principios de los ochenta y cada puntillano a su vez, dispersado, y resistente en sus carnavales

y en los pocos pasajes que aglutina la calle Obispo Labbé, conservan aún sus tradiciones, como el Funes Memorioso de Borges, en sus nuevas viviendas, tratando de recrear en su pervivencia el barrio perdido en ese exilio urbano que es la movilidad social, tal vez con grutas de la Virgen, detentes en las puertas de Jesús, la China de la Tirana o San Lorenzo de Tarapacá, e incluso oponiendo la madera al ladrillo en sus relictos de pasaje Loreto y Obispo Labbé, luciendo en su calle la primera edificación de la Zona Franca y el primer edificio de altura, ambos pioneros físicos del rugido modernizante o vestigios triunfantes de la primera batalla entre la tradición y la modernidad.

Hoy desde dentro y con los actores, desde abajo, es posible construir la prosopografía del Colorado y La Puntilla, ambos barrios y sus pobladores en común son pescadores, cargadores de puerto, ferroviarios del Ferrocarril Inglés o del Estado y entregan la constante del mar...”la luz viene del mar” (Nicomedes Guzmán, 1963), entre vivencias y esperanzas, la propia historia y sus signos de vida cotidiana, entonces debemos de rescatar en el documento su registro escrito y oponer la unión de memorias sueltas (Stern, 2000) al olvido que la historia tradicional ha impuesto a la historias de estos pobladores barriales, seres comunes y trabajadores, oponer la memoria a la función social del orden modernizador que trata a través de la omisión, reestructurar la ciudad, sin aquellos o los “otros” subalternos del centro que escriben la historia. En este sentido, la historia señala que los grupos subalternos o los sectores populares, componentes de los barrios no escriben su historia (Salazar, 2003), sino la cuentan, es decir, es oral y susceptible de ser recitada o cantada, empero debe ser recopilada y reconstruida por medio de la memoria de los sujetos barriales.

El Colorado. Desde dentro

El rescate de la visión, desde dentro del barrio, resulta de vital importancia al aportar la vivencia del actor que a través de la memoria reconstruye la historia, sumado a la percepción que permite acercarse a sucesos captados por los diferentes habitantes de los barrios en distintas épocas para hilvanar el relato que en lo colectivo, es social. Esta reconstrucción de percepciones que puede sumar fuentes en su relato lo hace, llenando vacíos que en los barrios está en la oralidad, porque los grupos sociales que habitan en estos espacios establecen su comunicación en su “habla” y en su memoria colectiva, recuerdan hechos generales, que vivieron juntos y de estos, se puede establecer

ciertas construcciones de sucesos comunes y barriales. El historiador de las Mentalidades, George Dúby señala.

“Hay agujeros en las telas, pero no todos esos agujeros son accidentales, no todos son el resultado de una degradación del deterioro del tiempo; existen lagunas porque ciertos elementos del pasado han dejado huellas menos duraderas que otros” (Landreau y Duby, 1988:102).

Esta irrupción del dato vivo, que se traduce en el protagonismo de la acción, muestra el valor presencial del sujeto en la historia y proyecta su intención de estar en la historia a través del propio aporte individual a la generalidad en un ejercicio disciplinario de la Nueva Historia Social, para Gabriel Salazar, esta historia se trata de:

“la cultura social, cargada de una pesada memoria social ha terminado por hacer germinar ciencia de su propio seno, y está atrayendo hacia sí la ciencia académica y profesional. Potenciando su historicidad que late dentro de ella” (Salazar, 2003:420.)

La entrevista y la interacción que ella provoca, genera un nuevo espacio de intercambio de comunicación y de oportunidades de conocer el habla de los barrios que permitan acercarse al interior del útero.

Doña Elena Rodríguez, 88 años, recuerda del barrio El Colorado:

“Mi barrio, tenía una playa muy bonita, de arenas y aguas muy limpiecitas, pero la estropearon las industrias. Esa playa la barrían los coloraínos con un boliche, y sacaban pescados de buena calidad”.

En el pasado, la playa que era el vínculo de igualdad en torno al mar, es rota por el auge modernizador de la ciudad en la década del sesenta, la memoria, otorga a ese hecho un quiebre en la vida del barrio, compuesto por muchos pescadores y en el presente la misma modernización, esta vez urbana, tiende a erradicar el barrio.

Doña Tomasa del Carmen Gálvez Galaz, 98 años, señala de la vida cotidiana del Colorado:

“Era gente tranquila, después vinieron unos cuantos que pasaban en boches y escándalos, cuando mi mamá estuvo viva, era pobre, pero decente. No era mala (la vida). Casi muy pocas peleas, pero después sí”.

La armonía ejerce una actitud mediadora en los conflictos que vienen dados “desde afuera”, nuevamente es el extraño, quien desestabiliza el orden comunitario, pero se termina integrando y asimilando en un lugar que se mantiene, aún en las condiciones de pobreza que caracterizan el espacio físico del Colorado que a pesar del tiempo y su paso, la memoria resiste al olvido, surgiendo su data en la memoria colectiva desde el siglo XIX y trascendida hasta hoy por su antigüedad y la propiedad territorial que ésta lleva en su espacio que cada vez se modifica por la afluencia de migrantes que nutren el barrio de nuevos insumos social culturales y el “otro” se hace cercano y se legitima en la “decencia” barrial, en cierto, sentido la dignidad, como valor subjetivo y legitimado a pesar de la escasez de bienes materiales.

“Yo desde que tengo uso de razón, le preguntaba a los antiguos y decía que ya existía el barrio El Colorado. Esto empezó hace mucho tiempo atrás, ya que este sector y mucho de allá les pertenecía a los peruanos. Y mucha gente que se vino a habitar aquí. Anteriormente había vivido en los lanchones que estaban fuera” Elías Guarache, entrevista (Guerrero: 2003; 40).

Entonces, esta visión desde la memoria, es parte de la historia de los “otros” (De Certau: 1996) los de la periferia, es un tipo de “otredad urbana” que parte del centro, es decir, la ciudad civilizada mirada, desde el “uno” urbano que es de la elite local, que no refleja la manifestación de la historia del sujeto barrial que habita y se transforma culturalmente desde el tiempo corto, desarrollado en el siglo XX con la inflexión del ciclo minero hasta la actualidad con el sujeto iquiqueño barrial del futuro que se está reconstruyendo a partir de la década de los noventa.

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu Pierre y J.C. Passeron. La Reproducción Social; París, 1970.
- Donoso, Carlos. Fuentes raras y valiosas para la historia de Iquique. En: Revista de Ciencias Sociales N° 13 Ediciones Campvs. Universidad Arturo Prat; Iquique, 2003. pp.15-25.
- De Certau Michell. La Invención de lo cotidiano. Universidad Iberoamericana; México, 1996.
- Dúby George. Año 1000, Año 2000, la Huella de Nuestros Miedos”. Editorial Andrés Bello; Santiago, 1995.

- Garcés Durán Mario. *Recreando el Pasado: Guía Metodológica para la Memoria y la Historia Local*. Talleres ECO; Santiago, 2002.
- Guerrero Bernardo. *Del Chumbeque a la Zofri ¿Los iquiqueños somos los mismos?* Ediciones Crear y El Jote Errante; Iquique.
- *El Libro de los Campeones*. Centro de Investigación y Realidad del Norte. Crear; Iquique, 1992.
- *Barrios Populares y Bailes Religiosos en Iquique*. Centro de Investigación de la Realidad del Norte. Crear. Cuaderno de Investigación Social N°37; Iquique, 2002.
- *Sociabilidades e Identidades deportivas y religiosas en un barrio popular: La Plaza Arica*. En: *Revista de Ciencias Sociales* N° 13. Departamento de Ciencias Sociales. Ediciones Campvs. Universidad Arturo Prat; Iquique, 2003. pp.27-40.
- *El Colorado: Barrio obrero, barrio de pescadores*. Ponencia presentada en el seminario: *Barrios iquiqueños con Identidad*. El Colorado y La Puntilla. Universidad Arturo Prat; Iquique, 2004.
- Guzmán Nicomedes. *La Luz viene del mar*. Zig-Zag. Segunda Edición; Santiago, 1963.
- Hobsbawm Eric. *La Historia del Siglo XX*. Editorial Crítica; Barcelona, 1998.
- Landreau Guy y George Duby. *Diálogos sobre la Historia*. Alianza Editorial; Madrid, 1988.
- Rivera Patricio, Benito Juan y otro. *La Violencia en el Extremo Norte de Chile: Tacna y Tarapacá en una época de crisis. 1920-1932*. Seminario de Título. Universidad de Tarapacá; 1995.
- Rivera Monserrat. “Enguarando mi Canto” y “Entre Mar y Salitrera”. *Discos Compactos*. Fondo Regional y Nacional para el Desarrollo de las Artes y la Cultura; 2002/2003.
- Salazar Gabriel y Benítez Jorge. *Municipio, Espacio y Gestión*. Colección Sin Norte. Universidad Arcis. Ediciones Lom; Santiago, 1998.
- Salazar Gabriel. *La Historia desde dentro y desde abajo*. Colección Teoría. Departamento de Artes. Universidad de Chile. Impreso por Lom Ediciones; Santiago, 2003.
- Stern Steve. *De la Memoria suelta a la Memoria Emblemática: hacia el recordar y olvidar como proceso histórico (Chile 1973-1998)*; En: “*Memoria para un nuevo siglo*”, Compiladores Mario Garcés, Pedro Milos y otros. Lom Ediciones; Santiago, 2000.
- Van Kessel Juan. *Lucero del Desierto. Mística popular y movimiento social*. Universidad Libre de Amsterdam y Centro de Investigación de la Realidad del Norte; Iquique, 1987.

Fuentes:

Periódicos

“El Tarapacá” de Iquique. 1920-1927. Fondo Histórico Municipal. Iquique.

“La Estrella de Iquique”. Agosto 2004.

Fuentes Estatales:

Notas de Policía. 1908-1920. Archivo Regional de Tarapacá. Universidad Arturo Prat. Iquique.

Fuentes Orales

Entrevistas semiestructuradas. Barrio El Colorado. Iquique. 1996-2004